

EL PENSAMIENTO AGÓNICO DE UNAMUNO REFERIDO A LA IDEA DE LO NACIONAL

EVELYN KLEIN

Universidad Nacional del Comahue

Resumen

El trabajo propone esbozar qué idea de “lo nacional” se configura en el discurso ensayístico de Miguel de Unamuno. No se hace referencia crítica ni teórica al paradigma de los nacionalismos, sino que, desde una lectura contextualizada, se atenderá a la compleja red de ideas expresadas por Unamuno en torno a España, a la idea de patria y su vinculación con la profunda reforma que intentaba imprimir en el pensamiento contemporáneo.

Abstract

The work proposes to show what idea of “lo nacional” is developed in the essay speech of Miguel de Unamuno. There is no critical nor theoretical reference to the paradigm of the nationalism, but, from a contextualized lecture, the attention will be focused to the complex network of expressed ideas by Miguel de Unamuno related to Spain, the idea of patriotism and its vinculation with the profound reformation trying to imprint in the contemporary thought.

Palabras clave

Patria/ nación; Historia/ intrahistoria; conciencia nacional; pueblo.

Keywords

Native Land, Nation, History, National Conscience, People.

Resulta difícil dar cuenta de quién fuera Miguel de Unamuno porque se perfila como un hombre de vastísima incidencia en ámbitos tan imbricados como las Letras, la política, la filosofía. Por tal, realizar una lectura de su obra ensayística teniendo en cuenta estos apriorismos

corre el riesgo de resultar insuficiente y de pretender abarcar un campo demasiado amplio como para sacar conclusiones claras.

Por otra parte, insistir en el intento de abordar a Unamuno de alguna manera, encuentra la dificultad de enfrentarse ante un escritor cuyo pensamiento resulta conscientemente contradictorio y, a menudo, paradójico. Este pensamiento —expresado en toda su obra literaria— ha sido analizado en infinidad de trabajos por filólogos, críticos, filósofos y algunos historiadores, desde una importante variedad de aspectos. Pese a las dificultades que ello implica, hoy me propongo esbozar qué idea de “lo nacional” se configura en su discurso, limitándome a los artículos periodísticos y ensayos, aunque el pensamiento unamuniano es coherente en toda su producción, y sólo por razones de espacio dejaré de lado la obra narrativa. Al margen de todos los “ismos”, que don Miguel detestaba, y sin pretender encasillarlo, lo cual provocaría su cólera, este trabajo no va referirse crítica ni teóricamente al paradigma de los nacionalismos, sino que, desde una lectura contextualizada, se atenderá a la compleja red de ideas expresadas por Unamuno en torno a España, a la idea de patria y su vinculación con la profunda reforma que intentaba imprimir en el pensamiento contemporáneo. Como, pese a su personalidad descollante, Unamuno no constituye una isla en la historia de las ideas decimonónicas, recurriré a algunos otros de la generación del 98 para aclarar aspectos referidos a la época y al pensamiento dominante de un grupo de fuertes individualidades.

Mucho se ha discutido acerca de si es legítimo reunir a los escritores que conforman la llamada “generación del 98”; no obstante, y sin entrar en disquisiciones sobre ésta, resulta innegable la existencia de un grupo de pensadores, una “clase” de intelectuales, que a fines del siglo XIX se compromete con las circunstancias sociopolíticas de España, casi siempre manifestándose en oposición al orden establecido, mediante una actitud crítica e independiente frente al gobierno y a cierta franja social de su país. La situación creada en Francia por el asunto Dreyfus y los problemas de los últimos años de la Restauración producían reacciones en los intelectuales, vinculadas a la falta de confianza en el sistema parlamentario, un sentido crítico frente al poder

de los militares y una actitud anticlerical. Es decir, la ineficacia del gobierno y de la sociedad corrompida por los intereses creados por la burguesía en la administración de la justicia individual y social hacía que los intelectuales fueran tomando conciencia de una misión especial en la “regeneración” de su país. En 1896, en un artículo llamado “La juventud ‘intelectual’ española”¹, Unamuno expresa

“Es lo que necesita nuestra juventud *intelectual*, si es que aún hay para ella remedio: ser metarritmizada; una sacudida en las más íntimas y entrañables palpitaciones de su ser. Ni reforma ni revolución bastan. Necesita la conciencia colectiva de nuestro pueblo una crisis que produzca lo que en psicología patológica se llama un cambio de personalidad; un derrumbarse el viejo “yo” para que se alce sobre sus ruinas y nutrido de ellas el “yo” nuevo, sobre la base de continuidad de las funciones sociales meramente fisiológicas”².

Una y otra vez Unamuno vuelve sobre esta idea, movido por la certeza de que su opinión puede afectar el futuro de la nación al repudiar las instituciones, valores y prácticas que se identifican con la “España oficial”. Junto con la arenga que impulsa a generar lo nuevo, don Miguel y sus contemporáneos intelectuales se encargan de dejar en claro qué es lo viejo, contra lo que se encaraman. Apelan a imágenes como

“(…) no hay nada como la vieja charca nacional con sus viejas ranas y sus renacuajos clasificados en orden jerárquico, según el tamaño del rabo. De lo que pasa afuera ¿qué les importa? De cuando en cuando se refleja en la superficie serena del pantano alguna ave libre que cruza el cielo cantando a la libertad, al aire abierto y a la luz, pero no tienen más que dar un salto al agua y la imagen perturbadora se turba, y con un graznar algo más fuerte se apagan los ecos vibrantes que bajan de las alturas”³.

¹ Originalmente, el artículo fue publicado en *Ciencia Social*, Barcelona, 1896. Cito por la edición de MIGUEL DE UNAMUNO, *Obras Completas*, Barcelona, Afrodísio Aguado, 1958, III, pp. 461-471.

² *Ídem*, p. 462.

³ *Ídem*, p. 465.

Las experiencias traumáticas por las que atravesaron, provocan en estos pensadores un desencanto que trata de ser superado por el revisionismo histórico, que tiende a replantear las causas más íntimas en los modos de pensar la Historia y de enfrentarse al pasado:

“Esta que creíamos nación de bronce –escribe Costa en 1900 a raíz del desastre– ha resultado ser una caña hueca. Donde estábamos acostumbrados a mirar ejército, marina, prensa, escuelas, pensadores, justicia, parlamento, créditos, partidos, hombres de Estado, clases directoras, no había más que lienzos pintados... que el estampido de unos cuantos cañones ha bastado para hacer venir abajo hasta sin estrépito”⁴.

Unamuno quiere mover a los jóvenes, y para ello, emprende una cruzada del pensamiento para sacudir las bases de las conciencias. Necesita enfrentar a los españoles con una realidad que urge modificar, y por esto utiliza la pluma, principalmente periodística, para llegar a un mayor número de lectores:

“Esta es una sociedad cristalizada, en la que los individuos se mueven sincrónicamente y a batuta, en ejes fijos... ¡qué orden! No basta cambiar la postura con una revolución, ni de forma con una reforma, hace falta una metarritmisis que destruya su estructura psíquica íntima. ¡Pobre juventud intelectual española! Necesita ser metarritmizada”⁵.

No obstante, esta necesidad de renovar las estructuras se venía perfilando desde antes del “desastre”. Muy tempranamente Unamuno empieza a escribir en periódicos de corte socialista como *Ciencia Social*, *La España Moderna*, *Nuestro Tiempo* y otros. En el periódico *La Lucha de Clases* vinculado al socialismo, Unamuno escribe sobre el tema nacionalista entre 1894 y 1896, tras un largo período de

⁴ J. COSTA, *Reconstitución y europeización de España*, Madrid, 1900, p. 3.

⁵ M. DE UNAMUNO, “La juventud ‘intelectual’ española”, *Op. cit.*, p. 470-71.

preocupación por el tema vasco tratado en sus años de estudiante en Madrid⁶.

Tensionado entre su posición como representante de una clase intelectual burguesa, y como vocero de un pueblo que desprecia las ideas respecto al orgullo nacional, al que vitupera como causante de la presente decadencia, Unamuno rescata en la *intrahistoria* el protagonismo de ese pueblo que:

“(...) mira con soberana indiferencia la pérdida de las colonias nacionales, cuya posesión no influía en lo más mínimo en la felicidad o en la desgracia de la vida de sus hijos, ni en las esperanzas de que éstos se sustentan y confortan. ¿Qué se le da de que recobre o no España su puesto entre las naciones? ¿Qué gana con eso? ¿Qué le importa la gloria nacional? Nuestra misión en la Historia... ¡cosa de libros!”⁷.

Posicionado en la tradición de los clásicos griegos (no olvidemos que la filología griega era su especialidad en la Universidad de Salamanca), su pensamiento se dirige a los hombres privados, *los muchos* de Platón. En ellos quiere rescatar lo más auténtico de la vida española, que se opone al destino histórico y heroico, al mundo y al poder de la nación. Para él esta autenticidad es más valiosa que la pretendida gloria y el supuesto progreso:

“Ha concluido la guerra después de haber enflaquecido a España, y empieza el pueblo a descansar un poco. Tendrán que dejarlo por algún tiempo, sin turbar su sosiego con nuevas sonoras historias, sin molestarle con el estribillo de la gloria y de su destino histórico, sin llamarle heroico. El *mundo*, su enemigo, enmudecerá algún tiempo y dejará que se recoja en su pobreza, y que gocen de más paz los hombres oscuros, (...) cuanto más impotente sea la nación”⁸.

⁶ A. ELORZA, “Sobre ideologías y organización del primer nacionalismo vasco”, en *La crisis de fin de siglo: Ideología y Literatura*, FRANCISCO RICO (dir.), Barcelona, 1975, p. 95.

⁷ M. DE UNAMUNO, “La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España”, *Obras Completas*, III, Barcelona, 1958, pp. 407-17, pp. 407-08.

⁸ *Ídem*, p. 409.

Hay una evidente oposición entre el pueblo y la dirigencia a la que Unamuno llama *mundo* o a la que se dirige tácitamente en un plural que connota el grupo de los pocos que dirigen los destinos del país. Como ya vimos en el ejemplo de las ranas que se miden el rabo, este antagonismo se ve enfatizado por el tratamiento discursivo que de él hace el escritor. Mediante frases incisivas y metáforas grotescas subraya el hecho de que los políticos dan la espalda a una mayoría marginada y desoída:

“Dícnle [al *pueblo*] que padece de abulia, de falta de voluntad, que no hay *conciencia nacional*, que han llamado moribunda a la nación que sobre él y a su costa se alza, nación a la que llaman suya. ¡Suya! ¡El no la tiene! Sólo tiene, aquí abajo, una patria de paso, y otra, allá arriba, de estancia. Pero lo que tiene no es una nación, es patria, tierra difusa y tangible, dorada por el sol, la tierra en que sazona y gana su sustento, los campos conocidos, el valle y la loma de la niñez, el canto de la campana que tocó a muerto por sus padres, realidades todas que salen de *las historias*. Si en las naciones moribundas sueñan más tranquilos los hombres oscuros su vida; si en ellas peregrinan más pacíficos por el mundo, mejor es que las naciones agonicen”⁹.

La idea de nación está subsumida en connotaciones totalmente negativas, Unamuno se enfurece contra la institucionalización de la Nación española. Sin embargo, rescata positivamente la *conciencia nacional* y la idea de *patria* como pertenencia, como constituyente de *las historias*. En otra parte dirá: “No creo quede ya otro remedio que sumergirnos en el pueblo, inconsciente de la historia, en el protoplasma nacional (...)”¹⁰. Se observa, entonces, que frente al colapso, lo único que permanece intacto es el pueblo entendido como germen, célula de lo puramente nacional que permitirá revocar la historia, no la historia oficial a la que se refiere con mayúscula, sino a la de cada una de las personas que conforman el pueblo.

⁹ *Ídem*, p. 409.

¹⁰ M. DE UNAMUNO, “Renovación”, *Obra Completa*, III, Barcelona, 1958, p. 687.

Así, Unamuno se aparta del nacionalismo pensado como proceso de homogeneización colectiva y queda en una posición ambigua respecto del liberalismo para quien la libertad individual está por encima de la necesidad nacional. Paradójicamente, Unamuno busca un conjunto de creencias que permitan dar rasgos comunes a un colectivo:

“(…) Sacrificar el pueblo a la nación, darle carácter e individualidad histórica para que viva en su cultura (...) ¡Horrible cosa es esa especie de suicidio moral de los individuos en aras de la colectividad! Pretender sacrificar todos y cada uno de los españoles a España, ¿no es pura idolatría pagana acaso? ¿No es una crueldad turbar la calma de los sencillos, y turbarla por una idea? No la hay, por grande que sea, que valga la paz interior de un pueblo, la verdadera paz (...). El enredar a los hombres en la lucha por la vida histórica de la nación, ¿no los distrae y aparta de luchar por su propia vida eterna?”¹¹.

La espiritualidad unamuniana se pone en evidencia especialmente con la idea de trascendencia, que tiene un desarrollo diacrónico, pero que en sus escritos aparece más claramente a partir de la llamada crisis espiritual que él padece en el 97. Adviértase que lo puramente nacional, a partir de entonces de forma más significativa, está íntimamente relacionado con el espíritu del pueblo, pero en un sentido acotado; se trata, en verdad, del pueblo contemporáneo, de un pueblo golpeado y vencido, cansado y sin gloria, que pretende “dormir”. Cabe aclarar que para Unamuno el “dormir”, metafóricamente, es condición necesaria para la vida, ya que quien duerme, sueña, y en el sentido calderoniano, la utopía del sueño es verdaderamente real.

Pese a ello, a Unamuno no le sirven las antiguas epopeyas, las grandes hazañas heroicas que ilustran la Historia de las Letras españolas para expresar la idea de *todo* un pueblo. Otros compañeros de generación propusieron encontrar en la literatura de los siglos dorados o en el paisaje de Castilla la razón del ser nacional. Pero para don

¹¹ M. DE UNAMUNO, “La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España”, *Op. cit.*, p. 410.

Miguel, el pueblo es un ente particular, el espíritu que vive en él no es el de los siglos pasados. En todo caso, la figura recurrente en la prosa unamuniana es la de don Quijote que, como el pueblo español finisecular, sale maltrecho de sus hazañas antiheroicas:

“A la luz del *Quijote* debemos ver nuestra historia. El pobre hidalgo manchego, una vez perdido el seso por la lectura de los libros de caballerías, echóse por esos campos a deshacer lo que se le antojaba tuertos y a conquistar imperios. Y no por culpa suya, sino de su caballo solía verse tendido en tierra cuando menos lo esperaba, por culpa de aquel rocín al que dejaba tomar camino a su talante, creyendo que en esto consistía la fuerza de las aventuras. Tampoco por culpa suya sino por la de los Gobiernos que le llevan a su capricho, se ha visto más de una vez tendido el pueblo español y a merced de mozos de mulas que le molieran a su sabor las costillas”¹².

La originalidad de Unamuno radica en que los valores que recupera no son los de la propaganda oficial, sino los de los instintos más básicos del hombre común y su cotidianeidad. Esto le debió a Unamuno los epítetos de *retrógrado* y *reccionario*, pero en verdad pretendía hacer una lectura de los elementos que le proporcionaba la realidad para construir hacia el futuro una sociedad nueva con una base real, no con elementos importados, imposibles de hacer germinar en el terreno espiritual español. Según Elías Díaz, la forma en que Unamuno concibe lo religioso determinaría su actitud opositora al progreso, su recelo y miedo respecto a éste, entendido desde un punto de vista material¹³. Por una parte, es cierto que nuestro escritor condena al mundo de las máquinas como factor que conduce a la despersonalización del hombre y a la deshumanización del mundo. Considera que el pueblo no anhela este tipo de progreso foráneo y se hace eco de los pensamientos que considera colectivos:

¹² M. DE UNAMUNO, “Muera del Quijote”, en *Vida Nueva*, Madrid, 25, VI, 1898.

¹³ E. DÍAZ, “El antiprogresismo unamuniano”, en *Historia y Crítica de la Literatura Española*, VI, FRANCISCO RICO (dir.), Barcelona, 1980, pp. 248-253.

“No sé si hay o no conciencia *nacional* en España, pero *popular* sí que la hay. El pueblo español –no la nación– se levantó en masa, sin organización central alguna, tal cual es, contra los ejércitos de Napoleón, que nos traía progreso. No lo quiso. Vislumbró que le costaría el viático de su peregrinación por la terrena patria, el consuelo de su vida resignada, la rutinaria fe en que su oscura tranquilidad se asienta; vislumbró que no le dejaría el progreso soñar en paz, que se convertiría en una pesadilla, y resistió. Se dispuso hasta morir colectivamente antes que lanzar a sus hijos en el camino que a los suicidios individuales les lleva. Entonces los progresistas afrancesados, miraban con cariño al invasor, que traía el evangelio de la cultura, la buena nueva de la Revolución burguesa”¹⁴.

Pero, por otra parte, Unamuno postula una nueva idea de progreso, alejada por cierto de los valores mercantilistas del liberalismo:

“Sólo se comprende el progreso en cuanto –libertando de su riqueza al rico, al pobre de su pobreza y de la animalidad a todos–, nos permite levantar la frente al cielo, y aliviándonos de las necesidades temporales, nos descubre las eternas”¹⁵.

En el desarrollo de las ideas de Unamuno a lo largo de su vida, como hemos visto, su ideología va pasando por la defensa de los intereses regionales, la preocupación regeneracionista, el interés por la integridad nacional a través del espíritu del pueblo, la voluntad de encontrar la libertad en las historias individuales, etc. Todo ello está subordinado al dolor profundo que le produce España (esa misma España machadiana *de charanga y pandereta*) y a la constante dialéctica a que somete su pensamiento en continuo proceso de reformulación. Este dialogismo como método filosófico lo lleva a la postura existencialista de ser en el mundo, a la angustia de buscar constantemente la verdad en una realidad compleja y cambiante. Pocos

¹⁴ M. DE UNAMUNO, “La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España”, *Op. cit.*, p. 411.

¹⁵ M. DE UNAMUNO, “La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España”, *Op. cit.*, p. 412.

escritores conocemos tan auténticamente coherentes consigo mismos y honestos en sus revelaciones a través de escritos tan complejos como la realidad a la que refieren.

El pensamiento agónico de Unamuno se manifiesta mediante las siguientes aporías:

- Por un lado, el mirar hacia el futuro para una renovación del pensamiento y la cultura; por otro, encontrar en el pasado los indicios de un espíritu persistente a lo largo de la historia.
- Por una parte, el individualismo como esencial para la realización de la libertad del hombre; por otra, la necesidad de la comunión colectiva para dar cuenta de la conciencia nacional.
- Ciencia y religión;
- Patria y nación;
- Historia e intrahistoria;
- El compromiso de un aquí y ahora frente a la idea del hombre peregrino y su trascendencia.

En la coyuntura histórica que le tocó vivir, junto a sus compañeros –eventualmente adversarios– tuvo que enfrentarse a la idea de lo nacional. Pero esta idea no podía estar apartada del conjunto de problemas referidos al hombre que Unamuno se planteaba. La forma paradójica en la que resolvía los problemas anteriormente planteados es el marco en el que se encuadra sus interrogantes sobre lo nacional. La consciencia de su incapacidad por dar cuenta acabada y única a sus más intrínsecas preocupaciones producen en este pensador la agonía trágica de no vislumbrar el rumbo que debía tomar España, aunque tenía la certeza de que el espíritu trascendente del pueblo formaba una oscura cadena de existencias por debajo de la Historia. No creía que el progreso condujese a la gloria colectiva, ni le importaba que España llegase a ser una nación fuerte, temida, de las primeras en el concierto de las naciones. Tampoco pensaba, como Ganivet, que la grandeza de una nación se mide por la “permanencia de su acción en la Historia”¹⁶.

¹⁶ Á. GANIVET, *Ideárium español*, Madrid, 1970, p. 17.

Pensaba que era vano especular sobre la realización del destino nacional y de la misión histórica de España; su pensamiento apuntaba, en cambio, a conmovier a los individuos para que, lejos de las seguridades del pensamiento racional y de la vida burguesa, encontrasen en sí mismos el “yo” individual y colectivo que los constituyera en pueblo, en lo profundo e intrínsecamente nacional.

Bibliografía

- BLANCO AGUINAGA, CARLOS, *Juventud del 98*, Barcelona, Crítica, 1978.
- COSTA, JOAQUÍN, *Reconstitución y europeización de España*, Madrid, 1900.
- GANIVET, ÁNGEL, *Ideárium español, El porvenir de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1970.
- RICO, FRANCISCO (dir.), *Historia y Crítica de la Literatura Española*, VI, Barcelona, Crítica, 1980.
- RICO, FRANCISCO (dir.), *La crisis de fin de siglo: Ideología y Literatura. Estudios en memoria de R. Pérez de la Dehesa*, Barcelona, Ariel, 1975.
- UNAMUNO, MIGUEL DE, *Obras Completas*, Barcelona, Afrodísio Aguado, 1958.
- VILAR, PIERRE, *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona, Crítica, 1982.